
 5 

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 1º DE NOVIEMBRE DE 1840.

Literatura sagrada.

DIES IRÆ.

Siglos ha que este himno se repite á un mismo tiempo en sitios innumerables y lejanos, y sus estrofas no resuenan sino á la luz de los fúnebres blandones, ante altares colgados de negro, en un día en que el cielo mismo suele ponerse encapotado y sombrío, y en que los rayos del sol, si acaso brilla sereno, parecen oscuros, y tristísimo el bullicio y alegría. La sociedad que solícita siempre y temerosa oculta los estragos del terrible enemigo que alimenta en su seno, enarbola en este día los trofeos de la muerte, y corre á visitarla en su mismo palacio. Festividad misteriosa, que la mitad de los hombres consagra á la otra mitad que ya finó, en la que cada año varía el número de los que la celebran y de los que la reciben, y de la cual pasaremos á ser objeto despues de haber sido por algunos años sus ministros. Pero muchos solo saben de todo esto que hoy se viste de negro, y que el paseo es el camino del cementerio.

No es difícil al filósofo familiarizarse con la mansion de su descanso y con la podre de la tumba, y derramar un poco de polvo sobre las grandezas humanas; y la muerte es por otra

parte una deidad harto terrible y conocida para que sea necesario consagrarle una fiesta anual, siendo sus altares los sepulcros de cada pueblo, y sus sacrificios los funerales de cada día. Fácil es y dulce al hombre alimentarse con las memorias de sus amigos, y regar con lágrimas sus cenizas; pero no basta ser filósofo ni ser hombre para ser cristiano. La filosofía sin fé no es sino estoicismo; y las lágrimas no son mas que debilidad, si no se derraman ante Dios, único ser bastante grande para no avergonzarnos de presentárselas, y bastante poderoso para enjugarlas. En aquellos crueles momentos en que los objetos amados desaparecen, y en que el hombre muere en el hombre que era la mitad de su ser, el paganismo exclamaba «No están», y gemia: la religion pregunta «¿Dónde están?» y espera. No es este día la fiesta de la muerte, ni la de los llantos; es la fiesta de la inmortalidad.

Sin embargo nada pierde el sepulcro de su oscuridad y lobreguez aunque en el fondo de él descubramos otra puerta que lleva á la eternidad, cuyas densas sombras solo el ojo de Dios puede disipar. Cubra la losa de flores una falsa poesía, sueñe enhorabuena en campos de luz semejantes á los profanos Eliseos, acompañe al hombre con todas sus debilidades hasta los pies de su Criador: la poesía cristiana solo puede ante una tumba, temblar y orar. El hombre no cierra sus ojos en un instante sino para abrirlos á otra vida, y esa vida es incierta y obscura, y aquel instante solemnísimo y fatal.

Por eso el canto que la iglesia consagra á los difuntos no es sino el canto del juicio. El autor del *Dies iræ* no se detiene en ese breve sueño del sepulcro, teatro estrecho y pasajero de nuestra humillacion, ni en la disolucion del poco de barro que debemos á la tierra; sino que lo vé animarse al son de la trompeta que rueda por todas las regiones, y correr el temblor por los huesos tan áridos al presente, y á la muerte atónita al ver escapársele su presa y concluido su imperio, y abierto el gran libro del universo, y rasgado todo velo ante el Eterno, á cuya presencia busca en vano asilo y defensor. De repente encuentra á su patrono en el mismo Juez, y los terribles acentos de Juan en el Apocalipsis son ya todo ternura como el evangelio de Juan. Recuerda á aquel Juez sus pasos sobre la tierra, sus sudores en buscar á la oveja perdida, su cruz, sus portentos de clemencia; y humillado en el polvo, y el corazon desecho en cenizas, ruega, insta, y vuelve á rogar con el ansia y desórden del que pende sobre un abismo, á aquel á quien ora llama Jesus piadoso, ora Juez de venganza y Rey de tremenda magestad. Temblor y esperanza, y humildad, y fé, he aquí las cuerdas de la lira del cristianismo.

La espresion es tan enérgica y severa como las imágenes y el asunto del himno, y nada iguala á su sencillez y concision; ni una sola palabra de ripio, ni una de pompa retórica. El lenguaje, sin ser tan bárbaro que no descuelle notablemente sobre las obras contemporáneas, no es por cierto el de Horacio ni el de Ovidio, quizá porque la elevacion y la dulzura que respira debía ser de muy distinto género que la de los clásicos latinos. La originalidad del ritmo y la monotonia de los consonantes le añaden cierto encanto indefinible y cierta armonía que se acomoda prodigiosamente á cualquier afecto. ¡Cómo suena terrible y sonora la trompeta en este terceto!

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulcra regionum
Coget omnes ante tronum.

¡Y con qué ternura gime la súplica en el otro!

Recordare, Jesu pie,
Quod sum causa tuæ viæ;
Ne me perdas illa die.

Buen campo se ofreció á Mozart al agotar los secretos de su genio y los encantos de la armonía en una letra que ya es música por sí sola. Si el autor hubiera sido su rival y contemporáneo quizá hubiera disputado el laurel al compositor.

No se sabe que mano trazó estos célebres versos ni en que siglo se concibieron, quizá porque no siendo mas que el grito de la humanidad entera, ningun carácter particular pueden recibir ni de su siglo ni de su autor. Algunos han creído fuesen obra de S. Gregorio, otros de S. Bernardo; cual los atribuye á Umberto general de Agustinos muerto en 1174, cual al cardenal Ursino á fines del siglo XIII, y cual por fin á Agustin de Biella por los años de 1494. La última fecha nos parece harto reciente, y muy remota la primera; y nos inclinamos á que este parto de un cristianismo severo y eminentemente ortodoxo fuese producido hácia los siglos XI ó XII por algun espíritu elevado que conservase una centella de ciencia y de virtud entre las tinieblas y corrupcion universal.

Ignoro dónde leí que el *Dies iræ* nació en el siglo X de los últimos pensamientos de un estudiante condenado á muerte, y que salvó la vida á su autor. Si así fuera, jamas oyéramos este canto hijo de la agonía sin acordarnos de aquel jóven infeliz, y sin ver en él un símbolo de la triste humanidad condenada tambien á morir, que implora perdon á su Criador con los mismos acentos que alcanzaron á aquel la piedad de los hombres.

Presentamos la version de esta pieza hasta cierto punto intraducible, en la cual pareceremos á veces desaliñados á trueque de conservar la sencillez del original.



Traducción

DEL DIES IRÆ.

Día aquel de las iras, el día,
Cual David en sus raptos decia,
Que cenizas hará lo mortal!

¡Cuánto habrá de temblor y de yelo
Cuando el santo descienda del cielo
A escrutar por su ley cada cual!

La trompeta asombrosa, que zumba
De region en region, de la tumba
Ante el trono al mortal lanzará.

Verá el orbe y la muerte en sorpresa
Las criaturas saltar de la huesa,
Responder al que Juez les será.

Abriráse aquel libro perene
Que los hechos escritos contiene,
En que el mundo su juicio ha de ver.

Cuando el Juez en su gloria se siente,
Los arcanos saldrán á la frente;
De su enojo habrán mil de beber.

¿Qué diré yo infeliz ante el trono?
¿A quién debo implorar por patrono,
Cuando el justo temblar debe allí?

¡Magestad infinita y tremenda,
Que de amor solo salvas en prenda,
Mar de gracias, oh! sálvame á mí!

Jesus bueno, recuerda cual era
Causa yo de tu pena y carrera;
No me arrojes en dia de horror.

Fatigado tras mí te sentaste;
Por salvarme la cruz abrazaste;
No se pierdan tal sangre y sudor.

Tu perdon, justo Juez de venganza,
Tu perdon, miéntras resta esperanza,
Llegue, y ántes del plazo fatal.

Sollozando cual reo me postro;

Pinta en sangre la culpa mi rostro;
A mi súplica atiende, no al mal.

Dió tu labio perdon á María,
Reino eterno al ladron prometia,
Y esperanza á mi pecho le dió.

De tu oido mi ruego no es digno,
Mas no quieras, ó Padre benigno,
Que en el fuego inmortal arda yo.

Con tus fieles corderos me deja,
Y las réprobas cabras aleja,
Y á tu diestra me siente despues.

Confundidos los malos, y al fuego
Entregados por pábulo luego,
Con los buenos me llama á tus pies.

Tén piedad de mi fin y cuidado,
Anhelante lo pido y postrado,
Vuelto en polvo mi infiel corazon.

¡Dia amargo en que el hombre despierte,
Para el juicio, del sueño de muerte!
En tu seno descanse, Dios fuerte,
En él halle, ó Jesus, su perdon.

J. M. Q.

AMOR EN EL INFIERNO.

.....
.....
Este amor vírgen, que por espacio de tres años habia dormido, como un niño inocente, en la cuna de mi corazon, cambió en un momento. Mi pasion purísima, digna del pecho de un ángel, se habia desceñido su auréola celestial. El atractivo del deleite inspiraba mis acentos, encendia mis suspiros, y asestaba mis miradas. Mi virtud estaba agonizando. Toda la pureza de mi antiguo afecto se habia desvanecido, y quedaba el amor material, como una densa humareda al desaparecer la llama alumbradora de una antorcha. Un vertigo espantoso se apodera de mi cabeza, que ardia entónces como la san-

gre de mi corazón. Y ella?... Pobre flor en medio del desierto, como no doblegar tu áairoso tallo al encendido soplo del uracan! Confusos entreveo aquellos instantes de embriaguez que remedan un cielo, y pertenecen al infierno. Recuerdo no muy distintamente unas manos blanquísimas estrechadas contra mi pecho; unos labios de finísimo coral, pegado á los míos, como dos claveles que juntan sus copas encarnadas al impulso de un ligero vientecillo; un hermoso cuello rodeado con mis brazos; y... un cañon de pistola asestado á mi corazón. Sus latidos se sucedían rápidamente: eran los últimos. Su padre nos habia sorprendido y exclamó: Me has quitado el honor, voy á matarte. Yo le repliqué. Me quitas la vida, yo te perdono!... y no oí el tiro.

Ignoro si los despojos de mi carne, por entre las rendijas del sepulcro, pasaron de su obscuro seno á regiones desconocidas, ó si eran fantásticas las formas corpóreas en que me vi de nuevo envuelto. Parecióme atravesar un desierto árido y sombrío. El movimiento de unas alas que me precedían arrojaba de trecho en trecho vivísimas chispas, que brillando un momento para indicar mi ruta, se perdían despues en aquella completa obscuridad. Ningun obstáculo se interponía á mi camino. Mis pies no daban un tropiezo, ni sentían la dureza del sitio en que se afirmaban. El mas ligero airecillo no hirió mi rostro, ni el rumor mas leve penetraba en mis oídos. Bajo mis plantas no había una flor que perfumase aquel ambiente muerto, ni una zarza que se enredase con mis vestidos. En vano procuraba escuchar el canto de una ave, ó el chasquido de una rama mecida por el viento; una hoja de alamo hubiera permanecido allí tan inamovible como una roca sepultada en las entrañas de la tierra. Sin duda habia caminado larguísimo espacio, y la estremada soltura de mis miembros no habia disminuido un punto. Respiraba tan suavemente como si dormido en un barquichuelo hubiese seguido le reposada corriente de magestuoso rio. De repente mi cuerpo dió un golpe contra un pelado risco á manera de la barquilla que dirigida

por inesperto niño choca en las gradas del puerto.

Era aquella roca un mojon del imperio de Satanás. Mi ángel era el misterioso guía que me habia conducido hasta allí para separarse de mí eternamente. Un suspiro suyo me estremeció. Estábase vuelto de espaldas y no podia mirarme á la cara porque yo era réprobo. ¡Réprobo! Una sola ráfaga de culpa bastó para marchitar, deshojar, destruir, una corona adquirida con tantos años de resistencia á la debilidad humana. Yo era réprobo; despues de haber sido tan desgraciado! La aldabada que en mi delirio creí dar á las puertas de la felicidad, fué á las puertas del infierno; y se abrieron. Yo era réprobo. ¡Dios justiciero! Cuantos malvados pasean la tierra despues de diez mil crímenes, y mi primer deslíz ha de arrebatarme á una, vida y salvacion? Un dia mas, y me hubiera arrepentido. Arrepentido? Oh! La criaste tan hermosa! tan seductora! Habia tanto fuego en mi corazón! La habia amado yo tanto! Dios terrible, piedad! Perdona algo á quien pudo perdonar á su asesino. Déjamela ver al traves de las sombras de la noche eterna, déjamela amar en la mansion misma del odio, y el infierno perderá la mitad de sus tormentos.

Mi ángel bueno desapareció despues de abandonarme á un emisario de Satanás, á manera de un alcaide partidario de un rey vencido que entrega las llaves de la fortaleza al afortunado usurpador. La marca de condenacion echó una llamarada funesta en medio de mi frente abatida, como un rayo que serpea entre los pliegues de negrísima nube. Y sin embargo el infierno no era completo para mí. En sus orillas no se me habia despojado enteramente de la esperanza, ni del amor. El objeto de mi cariño en la tierra iba á serlo en los abismos. Vía venir para acompañarme en aquella soledad sin límites: para ser mi sol en el lugar de las tinieblas; para ser mi ídolo allí donde no reina Dios. ¿Murió tambien á manos de su inflexible padre por haberme amado en demasía? No lo sé.

La roca donde yo de pié habia oido el terrible fallo estaba empotrada en un vastísimo arc-

nal, en que ni una sola yerba, ni una pintada concha, ni los restos carcomidos de un marisco alteraban la uniformidad de color y superficie. Un lago de verdinegras aguas se extendía á lo léjos sin que liviana brisa dibujase en ellas la arruga mas ligera. Una luz melancólica, parecida al moribundo crepúsculo de una tarde lluviosa del otoño, iluminaba aquel cuadro imponente y desconsolador. Un manto de pegajosa niebla rodeaba aquel mundo misterioso como la mortaja de un difunto. Una curva interminable era la valla que dividía las aguas de la parduzca arena. Ni unas, ni otra la habian roto jamas. El ojo mas lince no hubiera encontrado una altura en que descansar. Aquel horizonte siempre igual mostraba con evidencia que pertenecía al mundo de la eternidad.

Una barca solitaria recibió á los dos seres de carne, y al espíritu rebelde que sin tocar el timon la dirigia. Deslizábase por aquel piélago sin vida, como una estrella apagada cruzando su órbita vacía. No tenia velas ni remos y ni una burbujita de espuma señalaba su rápida carrera. Oh! cómo deseaba entónces dirigir mil preguntas á mi desdichada compañera! y la tenia á mi lado, y no podia hablarla. El ceño de aquel nuevo Caronte nos convencía de que el mas leve murmullo no debía alterar la monotonía de aquella terrífica escena. Nuestro silencio parecido al de aquellas aguas, al de aquellas playas, al de aquella atmósfera, era un suplicio aterrador.

Llegamos por fin. Satanás nos admitió en su reino, pero sus dientes rechinaron horriblemente cuando supo que sus nuevos vasallos podian amarse mutuamente. Amar en la mansion del odio mas encarnizado! Amar dónde el aborrecimiento es mútuo como los tormentos! Amar dónde todos son los verdugos, y las víctimas de cada uno! Amar allí dónde se aborrece cordialmente á Dios, y se le aborreciera aun en el acto mismo de romper las cadenas, apagar las llamas, y abrir las puertas del abismo! Oh! esto era una escepcion asombrosa. Satanás no podia presenciario; pero el permiso obtenido del cielo era irrevocable. Una vasta soledad debía ais-

larnos para siempre. Los ahullidos de los precitos resonaban á lo léjos como el ruido prolongado de un terremoto, y este ruido no debía cesar jamas. Nuestros ojos sentian una picazon inconcebible con aquella luz enfermiza, y esta luz hija de la sombra nunca habia de sufrir la menor variacion. Un vapor hediondo se alzaba hasta nuestras cabezas y debía permanecer sin disiparse nunca. La cálida atmósfera que nos circuia semejaba el vaho de una bestia disforme, y nunca debía soplar el zéfiro que la refrescase. Pero en cambio estábamos juntos, nos amábamos, y nuestra vehemente pasion debía ser, como el infierno, inmutable y eterna. Esta situacion casi me hacia dudar si nuestra suerte era deplorable.

Mas, ay de mí! Como era posible que en el infierno existiese un amor puro? Si mi primer y único delito no hubiese cambiado la naturaleza de aquella purísima llama, el lugar de la maldición de Dios la hubiera maleado, como el aire de una ciudad apestada inficiona al viagero que se detiene en ella. Ay de mí! Yo no la amaba ya como en los años de mi ardorosa juventud, en que un suspiro, una mirada tierna, me hubieran colmado de una felicidad indefinible. Yo la amaba como en los postreros momentos de mi vida, en que el crimen habia sofocado la inocencia, el idealismo, la sublimidad de mi amor. Ya no la adoraba como un jóven en sus primeras ilusiones: la amaba como un viejo embrutecido en la maldad. Oh! y podia ser otro el amor del infierno que el amor de un lupanar? La amaba con extraordinaria violencia, y no me era suficiente hablarla á solas, tenerla á mi lado, clavar mis ojos en su rostro divino, aspirar su aliento, y absorber sus miradas. Ella habia marchitado ya su corona de vírgen, y su amor tampoco era el de una vírgen. Quise llegar á mis labios aquellas manes blanquísimas, hermosas aun allí dónde el ángel se cubriera de horrible fealdad. Mas, ay de mí! Retrocedí espantado y rugiendo de dolor. Al tocarse nuestras manos se inflamaron repentinamente como si una corriente de electricidad infernal hubiese pasado del uno al otro. Quería abrazarla, y su

cuerpo volvíase ardiente como si fuese de metal enrojecido. Oh! sin duda le causaba atroces tormentos, y yo tambien los padecia. Cada vez que renovaba mis tentativas alzabase horriblemente magestuosa la llama que nos separaba. Entónces oí unas horrisonas carcajadas que mugian entre la tempestad de blasfemias y maldiciones. Satanás habia adivinado que este era el suplicio á que estábamos condenados. Un fuego nos impelia, otro fuego nos rechazaba, y entrambos fuegos insoportables, inestinguibles, eternos. Por qué no nos devoraba de una vez? Por qué no devoraba aloménos su hermosura? Ella conservaba la frescura de su tez, el hechizo de su talle, la magia de su acento, todos los resortes de la seduccion. Me fascinaba como una serpiente, y esta fascinacion era inevitable. Aun cuando sus torneados brazos quemaban como una antorcha de resina, incitaban al deleite, y este incentivo habia de ser sempiterno, sempiternos mis deseos, sempiterna la imposibilidad de satisfacerlos. Oh! esto era horrible, horribilísimo. Cien infiernos á la vez no equivaldrian á esta mezcla de fuego y voluptuosidad. Oh Dios cruel! Dios cruel!

Esta exclamacion, y un vuelco consulsivo despertáronme de repente, y me encontré bañado en sudor, todo azorado, los músculos contraidos, el corazon latieudo con rapidez y un vehementísimo dolor en mi cabeza efecto de tan horrorosa pesadilla.

T. A.

El Sepulcro

DE MARÍA.

Y era un árbol á orillas de un camino
A cuyo pie yacia una esperanza;
Una flor que tronchára adverso sino:
Virtud sin fuerza de muerte en balanza.

María, bella cual del sol que nace

El reflejo en el lago trasparente;
Muerta cual blanca nube que deshace
Furioso vendabal violentamente.

Que su alma, de candor pura morada,
Amó por apariencias seducida;
Y á un seductor amó y fué engañada,
Y entónces con su amor perdió su vida.

Y era dulce María, y era bella
Cual es de los arcángeles sonrisa,
Cual de hermosa virtud celeste huella,
Cual himno santo en alas de la brisa.

Y sus ojos divinos, en los cuales
El placer de los cielos se mostraba,
Y su boca que goces celestiales
Y pureza y ternura destilaba,

Todo fué ya. Metéoro reluciente
Brilló para admirar muriendo luego:
Divina fué á su patria permanente,
Y en la tierra dejó de llanto un riego.

Y ora acaso un insecto codicioso
Las facciones que un ángel envidiara,
Huella con paso sordo y alevoso,
Y en ellas á cebarse se prepara.

Y roe indiferente cuanto cabe,
Y esa creacion hermosa desfigura:
No cuida lo que fué; tan solo sabe
Que pertenece á él la sepultura.

Las sienes que coronas mil ciñeron,
Al colocarlas en la huesa fria
Del sucio pié la impresion sintieron
Quizá del tosco ser que las cubria.

Y holladas y desechas, angustiada
Su madre las miró y besarlas quiso;
Y del enterrador la mano ascosa
Rechazóla con fuerza de improviso.

Entónces desesperada y furibunda
Un nombre en sus delirios maldecio;
Y el corazon partido, moribunda
Del ser indiferente al pié cayó.

Y pasaron un dia y otro dia,
Y esa tumba de todos fué olvidada.
Y siempre una muger allí se via;
Y siempre allí lloraba prosternada.

Por eso luna pálida
Si hiere el mármol frío,
Tambien con el rocío
El llanto hace brillar.
Y de las bellas flores
Allí desparramadas,
Con lágrimas regadas
Mas puro es el mirar.

Y en cada boton de ellas
El nuevo sol que nace
Risueño lucir hace
De perlas puntos mil;
Y el zefirillo leve
Las barre mansamente,
Y momentaneamente
Escóndelas pueril;

Y luego bullicioso
Las alza á su alvedrío,
Y oscila ya el rocío
De nuevo en el tapiz.
Y son sus puras gotas
Sonriendo al nuevo día,
Cual llanto de alegría
En rostro de un feliz.

Mas cuando bonancible
La creacion se mira,
Una muger delira
En fuerza del dolor:
Sombria, triste, inmoble
Y sola, se asemeja
A una amarga queja
Del mundo á su Criador.

Que la naturaleza
Tan mansa y apacible,
Es un sarcasmo horrible
Para su pena cruel:
Es madre, y bajo el mármol
Con el que está abrazada,
Reposa una hija amada;
Su vida yace en él.

Por eso en sus angustias
Pegado el rostro al suelo,
Blasfema contra el cielo
En su desesperacion.
Mas luego, si la brisa
Las hojas de árbol mece,

Que sale le parece
De aquel sepulcro un son;
Y entónces presurosa
Al mármol mas se pega,
Y ansiosa al cielo ruega
La cese de engañar.
Y trémula y convulsa
Se queda asi un momento,
Avara de un acento
Que nunca ha de escuchar.

Y el pobre campesino
Que pasa por su lado,
La mira, y de su estado
Se muestra condoler:
Y el orgulloso rico
La arroja algun dinero,
Porque es muy altanero
Para compadecer.

Ella entretanto inmoble
Y fija en su quimera,
A cada instante espera
Cumplida su ilusion.
Mas ay! que el desengaño
En breve siente cruento,
Y entónces con acento
Que parte el corazon:
— María...! mi María...!
Esclama desesperada,
María! hija amada!
Oh! ten de mí piedad!
Tu madre es quien te llama;
Su acento desconoces?
¿O acaso de mis voces
Te burlas con crueldad?

En torno de mí á veces
Oigo decir que has muerto....
¿Qué has muerto...! Nó, no es cierto;
No muere un serafin.
No muere un ser tan bello,
Un ángel de dulzura....
Y qué? ¿Tanta hermosura
Debiera tener fin!

No has muerto, no; tú vives,
Trozo del alma mia;
Si fuese así ¿podria
Con pena tan atroz?

Porque te llamo siempre
 Me creen insensata....
 ¡Te llamo sí, y tú, ingrata,
 No acudes á mi voz!
 María, mi María,
 Por qué no me respondes?
 ¿Por qué de mí te escondes
 Mi bien, mi amor, mi luz?
 Será verdad que has muerto...?
 Tú muerta...! Dios, Dios mio!
 Serás ya polvo frio...?
 Por qué hay aquí esta cruz...?
 ¡Tan bella, tan virtuosa,
 Y estar, triste, en la huesa....!
 Oh! que este mármol pesa
 Aquí en mi corazón!
 Levántalo, María,
 Que de él mi pecho gime...
 Levántalo.... Me oprime,
 Me abruma.... Compasion!
 O bien si en tu alvedrio,
 No está enjugar mi llanto,
 Acaba mi quebranto
 Y ruega al Dios por mí.
 Y dile á ese divino
 De quien ves faz serena,
 «Señor, mi madre pena;
 La lleva ya hácia ti.»
 Tal vez compadecido
 Me quite aquesta vida,
 Y entónces á tí unida
 Será el vivir feliz.
 Y te hablaré amorosa
 Del mundo que habitaba,
 De cómo te lloraba,
 De cómo era infeliz.
 Y te hablaré, María,
 De tu niñez dichosa....
 ¿Te acuerdas, alma hermosa,
 De tu feliz niñez?
 Sentada en mis rodillas
 Me dabas mil delicias,
 Y yo con mis caricias
 Pagábate á mi vez.
 «Mamá», tú balbuceabas,
 Y yo de placer loca

Besaba esa tu boca
 Frenética de amor.
 Y tu infantil cabeza
 Mis manos apretaban,
 Y el cuello mio enlazaban
 Tus manos de candor:
 Y en tus cabellos de ángel
 Mil besos imprimia....
 Los beso todavía,
 Mas ay! que están sin ti.
 Y aun, aun son bellos!
 Mi pecho los conserva
 Y el llanto los preserva
 De marchitarse allí.
 María, cuando un día
 Veniste á mí engañada,
 ¿No fué tu madre amada
 Consuelo á tu afliccion?
 ¿O bien á pesar mio
 Mi frente era sombría?
 Ah! si es así, mentia...!
 Perdón, María...! perdon...!

Y la infeliz tornaba á su agonía
 Y á su horrendo penar y á su afliccion,
 Que aqueste pensamiento la oprimia
 Y atroz le desgarraba el corazón.

En esto de mil voces bulliciosas
 Dejóse el clamoreo percibir,
 Y vióse de mancebos y de hermosas
 Brillante cabalgada allí venir.

Y pasaron por junto de la losa
 Do la infeliz seguía en su llorar.
 Dió un grito ella al verlos azarosa,
 Y exánime en el suelo vino á dar.

Y un jóven que risueño allí venia
 Miróla y ese grito comprendió;
 Y pensó en su interior, «Pobre María!»,
 Y luego indiferente se alejó.

A. M.

En el artículo BATALLA DE LLUCHMAYOR del número precedente
 se cometieron dos erratas: col. 4 lín. 17 donde dice Jaime III diga Jaime II
 col. 5 lín. 15 en vez de occidental léase oriental.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.